

La joven de mirada brillante esperaba la llegada de su amigo, aquel que había viajado al sur y contemplado el mar tranquilo.

Habían quedado en un pequeño establecimiento donde un banco de madera alargado y duro, junto a una mesa, invitaba a sentarse y disfrutar del sol que comenzaba a dejarse ver en la primavera del viejo y nuevo Rotterdam.

Los pocos parroquianos se quedaron mirando, curiosos, a la pareja que se saludaba con cariño. Pronto perdieron el interés.

El amigo llegaba de tierras españolas. Entre sorbo y sorbo de cerveza, iba relatando las aventuras vividas.

Hilga no perdía detalle.

Un par de horas después, con la cabeza llena de los momentos escuchados, se encaminaban a la casa de ella.

Prometieron volver a verse.

No perdió un segundo en sacar el viejo mapa conseguido en una librería destartalada. España era un lugar curioso. Había llegado a la conclusión de que, si bien vivían en una dictadura, sus gentes no perdían la sonrisa.

El amigo le había descrito lugares que le parecían, cuando menos, exóticos. Tierras secas y húmedas junto al mar; montañas que guardaban secretos; caminos serpenteantes al borde de precipicios; y pueblos grandes, pequeños, hermosos.

Un punto del mapa le hizo sonreír.

El amigo le contó que detrás de un túnel nacía un mundo.

Un pequeño pueblo resurgía junto a una bahía, trepando por una montaña, con su castillo —que no lo era, aunque lo pareciera—, sus playas, su pequeña isla y su tesoro.

¿Qué más se podía pedir?

Durante los siguientes meses preparó con cuidado el viaje. Tenía que comprobarlo.

Se hacía mil preguntas: ¿Voy por el lugar? ¿Por ese mar tranquilo y su sol? ¿Por el tesoro?

Era el año 1956.

La idea inicial no era quedarse en un punto concreto; ella también quería conocer los lugares que el amigo le había descrito con tanto detalle. Tomó trenes, autobuses y hasta compartió con un matrimonio joven uno de esos vehículos negros tan incómodos.

Visitó Barcelona, una ciudad que parecía querer formar parte de la Europa moderna que ya asomaba en el horizonte; tropezó con una Valencia de tranvías y gentes que parecían no pertenecer a la urbe, seguramente por ser hortelanos con propósitos.

Había dos formas de llegar a la zona que le interesaba. Podía tomar un tren que recorría el interior

hasta Alicante o bien coger un autobús.

La dueña de la pensión en la que se instaló durante unos días le dijo que el viaje, de poco más de ciento treinta kilómetros, podía durar unas cuatro horas en autobús, pero que, si lo que deseaba era conocer la zona, iba a disfrutarlo.

No se lo pensó.

Sentada en el lado derecho, con el propósito de tener las mejores vistas y guardando un paquete con el almuerzo que le había preparado la buena mujer, se acomodó dispuesta a disfrutar del trayecto.

La Albufera le recordó a su país. El sol brillaba sobre las aguas, entre los cañizales y los campos de arroz. Lamentó no poder bajar un momento y fotografiar aquellos paisajes de agua y los cientos de pájaros que, al pasar el autobús, salían volando para alejarse.

Al poco, el paisaje cambió. Huertos y pueblos se mezclaban con grandes casas solariegas. Aún quedaban fincas con las naranjas pendientes de ser recogidas.

No había caído en que allí se daba aquel fruto del cielo, ese que, según la tradición del Sinterklaas, por San Nicolás en Navidad, era el regalo para los niños. Ahora estaban allí, colgando de los árboles, ofreciéndose magníficas.

El chófer paraba en muchos pueblos e incluso en alguno dejaba que los viajeros bajaran a estirar las piernas o a hacer uso del váter de la cantina cercana.

Se prometió regresar a cada uno de ellos para disfrutarlos con tiempo y calma; fotografiarlos.

Hilga tenía algo que, en la España de los años cincuenta, no era habitual: una cámara fotográfica. Le habían regalado una de esas alemanas que eran la envidia de cualquiera.

Había tanto que retratar que lamentó no haberse traído más placas, pero en Valencia encontró una tienda bastante moderna donde podía adquirir más y revelar las ya hechas. El dueño incluso le había dado un teléfono para avisar de su llegada y preparar lo que necesitase con tiempo.

A pesar de haber revisado el mapa, uno nuevo que se había agenciado en Barcelona, no era consciente de lo cerca que estaba del lugar donde quería llegar: Altea.

Calpe se mostró generosa con aquel peñón imponente que parecía que iba a absorber todo lo que le rodeaba. El pueblo le pareció bonito y peculiar; las salinas brillaban como no había visto cosa igual.

La carretera ascendía hacia la montaña, que le pareció una frontera.

Un antiguo túnel en el que el conductor redujo la velocidad. No supo si lo hacía por su estrechez o para que los pasajeros pudieran ver el cañón por el que discurrían.

Para alguien consciente de la luz y las formas, pasar al otro lado fue, simplemente, majestuoso.

Una bahía entre una montaña que parecía recortada a cuchillo y otra que la recogía por el otro lado; pequeñas casas en el verdor... ¡Ahí estaba!

Con el corazón encogido, vio la pequeña montaña que daba cobijo al pueblo de Altea.

Era tal cual le había dicho su amigo, quizás incluso mejor, porque a esas horas el sol le daba de lleno y lo hacía brillar como si quisiera avisar a los piratas de su existencia.

Los naranjos y los huertos le dieron la bienvenida al sitio donde iba a quedarse los días siguientes.

Poco podía imaginar la joven Hilga que ese iba a ser su lugar en el mundo.

Buscó alojamiento por los alrededores.

La habitación que le dieron tenía vistas al mar. Se podía escuchar el traqueteo de las pequeñas olas al bailar con los cantos pulidos de la playa; podía olerlo, y desde luego el aroma era distinto al de los mares del norte.

A pesar de ser invierno, el sol regalaba una temperatura agradable. En esa época del año habría estado congelada en su país.

Después de dar buena cuenta del curioso almuerzo que le habían preparado en Valencia —un pan parecido al francés pero más ancho, abierto por la mitad con viandas variadas—, sacó de la maleta su neceser.

Su ropa, pensada para la primavera, resultaba demasiado cálida; llevaba el traje de baño que usaba en contadas ocasiones, solo cuando el tiempo era benigno y el mar estaba tranquilo.

Lo miró una vez, miró el mar que tenía delante y dijo en voz alta:

“Nu we toch bezig zijn...”

Que viene a ser: “Ya que estamos en ello...”

Los alteanos que estaban por los alrededores se quedaron mirando la escena.

Una mujer, seguramente loca, bajaba hacia el mar y parecía que iba a meterse en el agua.

Aún lo recuerdan algunos ancianos: “Era diciembre y ella se bañó”.

El resto del día lo pasó tranquila, respirando con gusto el nuevo aire que sus pulmones iban a aprovechar durante muchos, muchos años.

Al día siguiente, se levantó temprano, ya descansada.

Con algo que la acompañaría el resto de su vida —una cámara fotográfica colgada del cuello— dedicó la mañana al descubrimiento.

Todo le parecía hermoso: cada cuesta orientada al cielo, cada vista abierta al mar o a las montañas, cada uno de los personajes que iba encontrando y que, a su paso, la saludaban con amabilidad.

Nunca le había pasado. Allí la gente sonreía al verla.

Hizo pocas fotografías; las mejores estaban en su retina, esas que sí iban a conservar el lugar y la época en la que estaba.

No era la única visitante de lugares lejanos. Le hablaron de un pintor alemán que se había quedado

allí, enamorado de Altea, sin duda.

Conoció al artista y a sus conocidos, que acampaban en el mesón como si fuera su casa.

En pocos días sintió que había hecho amigos. No solo los alemanes: también las personas del pueblo se interesaban por ella.

Un viejo hortelano la animó a alquilar una casa en la huerta, rodeada de naranjos, algo que le pareció un renacer.

La pequeña casa carecía de las comodidades que disfrutaba en su país, pero no fue motivo para rechazarla.

Allí pasó varios años. Los esplendorosos sesenta también se instalaban aquí, quizás más lentos por el régimen, pero era inevitable el avance.

El artista alemán atrajo a otros artistas; disfrutó de ellos en las largas veladas que organizaban, pero lo que más llenaba su vida eran las gentes del pueblo.

Aprendió todos los mote, los que las familias llevan encima sin remedio y que las identifican. Conoció a los más viejos, que le hablaban de las viñas que ya no se daban, de las naranjas y las olivas; los marineros que salían al mundo en sus barcas, y sus mujeres que remendaban las redes sentadas al sol en la playa.

Hizo mil fotografías de esas personas que eran Altea.

¿Y el tesoro?

Las viejas historias lo contaban. Allí habían llegado los romanos a por agua, los piratas y otros en tiempos de guerra; habían parado para abastecerse de su agua dulce y clara, de sus uvas pasas y, casi siempre, para saquear el pueblo.

Dicen que un pirata, con el galeón hecho trizas, llegó a la barra del Mascarat y, viendo la contienda perdida, escondió un tesoro que había robado en el cañón.

Algunos habían ido con regularidad a buscarlo, sin conseguirlo; acabaron pensando que eran cuentos de viejos.

Ella se acercó en varias ocasiones, aprovechando la llegada de algunos amigos con vehículo. Nadie dudaba de la existencia del tesoro, pero podían escrutar las rocas: el verdadero premio era el lugar en sí mismo.

Con los años, ella también lo comprendió.

Cambió de casa por otra mucho más cómoda, donde el mar le quedaba cerca.

Vio llegar a los artistas que decoraban el pueblo; ella no se consideraba una de ellos.

Sus fotografías las guardaba para sí; ese era el verdadero tesoro que, en Altea, descubrió Hilga Miller.

Nos dejó una cronista, una enciclopedia de nombres y familias y un testimonio del paso del tiempo

que vivió el avance del pueblo, desde la apertura del nuevo paso por su querido Mascarat al acondicionamiento de casas y calles.

Vio crecer a los residentes; del pequeño núcleo de unos cuatro mil habitantes se pasó a las varias decenas de miles que fueron poblando el municipio.

Viajó por esa España constreñida; regresaba a su país en busca de veranos menos calurosos, pero siempre volvía a su pueblo.

Ella fue Altea, como una más, por amor y compromiso.

Hilga Miller es el tesoro que ahora podemos guardar en el corazón: en el Mascarat, en la playa, en la plaza o en la huerta.